

comparsas magníficas, en particular la del Buey gordo. En medio de aquella alegría parisiense, Inglaterra hacía chasquear su látigo; la silla de posta de lord Seymour, hostigada por los apodos del populacho, pasaba metiendo gran ruido.

En las dos filas que los guardias municipales de á caballo recorrían como mastines, había muchas berlinas de familia, llenas de tías y abuelas, con graciosos grupos de niños de ambos sexos y de seis á siete años de edad, disfrazados, los cuales parecían conocer que formaban oficialmente parte de la alegría pública, penetrados de la dignidad de su disfraz y graves como otros tantos funcionarios.

De tiempo en tiempo sobrevenía un obstáculo en la procesión de los vehículos, deteniéndose una de las filas hasta que el tropiezo desaparecía. El embarazo de un solo coche bastaba á paralizar toda la línea. Luego se ponían de nuevo en marcha.

Los carruajes de la boda estaban en la fila que se dirigía á la Bastilla por el lado derecho del boulevard. En el punto más alto de la calle de Pont-aux-Choux hubo una parada. Casi al mismo instante, en el otro extremo, la otra fila que iba hacia la Magdalena se detuvo también. Había allí un carruaje lleno de máscaras.

Estos carruajes, ó mejor dicho, estas carretas de máscaras son harto conocidas de los parisienses. No pueden suprimirse en un martes de Carnaval, ó á la mitad de la Cuaresma, sin que se entre en sospechas y se diga:

—Aquí hay gato encerrado.—Probablemente va á cambiar el ministerio.

Una multitud de casandras y arlequines, todos los géneros grotescos posibles, desde el turco hasta el salvaje, varios Hércules sosteniendo marquesas, rabaneras que obligarían á Rabelais á taparse los oídos,

así como las bacantes hacían bajar los ojos á Aristófanes; pelucas de lino, fajas rosadas, sombreros de ala larga, anteojos encubridores, tricornos, gritos á la gente de á pie, brazos en jarra, la impudencia desbocada, un caos de desvergüenzas conducido por un cochero adornado de flores; tal es esta institución.

Grecia necesitaba la carreta de Tespis, y Francia necesitaba el carruaje de Vadé. Todo se presta á parodiarse, hasta la misma parodia.

La saturnal, esa fisonomía de la antigua belleza, va aumentándose progresivamente hasta llegar el martes de Carnaval; y la bacanal, en otro tiempo coronada de pámpanos, inundada de sol, mostrando un seno de mármol en una semi-desnudez divina, hoy envuelta en los harapos húmedos del Norte, ha acabado por convertirse en la careta.

La tradición de los carruajes de máscaras se remonta á los más remotos tiempos de la monarquía. En las cuentas de Luis XI se asignan al baillío del palacio «veinte sueldos torneses para tres coches de mojjangas.»

Hoy, esa multitud de personas de buen humor ocupa algún antiguo vehículo, en cuya imperial se colocan de preferencia, ó abruman con su peso, en tumultuoso grupo, un landó descubierto. Veinte se introducen en un carruaje para seis individuos, no perdonando ni el pescante, ni la bigotera, ni la lanza. Están de pie, echados, sentados, con las piernas ya cruzadas, ya colgando fuera del coche. Las mujeres ocupan las rodillas de los hombres. Se ven desde lejos, por cima de innumerables cabezas, estas pirámides de furiosos; montañas de alegría en medio de la batahola. De ellas han brotado Collé, Panard y Pirón, enriquecidos de caló. El catecismo de las rabaneras desciende de allí, y sus lecciones se esparcen por el pueblo. Así cargado desmesuradamente, el carruaje

tiene cierto aire de conquista. En él se vocifera, se vocaliza, se aúlla, se ruge, se patalea en el colmo de la dicha; la alegría es feroz, el sarcasmo se reparte á derecha é izquierda, la jovialidad deslumbra como una púrpura; dos matalones tiran de la comparsa; es la apoteosis del descaro; es el carro triunfal de la risa.

Risa demasiado cínica para ser franca. Risa sospechosa, y cuya misión es probar á los parisienses la verdad del Carnaval.

Aquellos carruajes de gente sin pudor, donde se ve como una capa de tinieblas, hacen meditar al filósofo. Dentro se percibe algo que tiene cierta semejanza con el gobierno, y se toca con el dedo una afinidad misteriosa entre los hombres públicos y las mujeres públicas.

Triste es pensar que de tantas torpezas resulte un total de alegría, que, escalonando la ignominia sobre el oprobio, se engolosine al pueblo; que el espionaje, sirviendo de cariátida á la prostitución, divierta á la chusma; que la multitud guste de ver pasar sobre las cuatro ruedas de un carruaje á ese monstruoso grupo vivo, mitad oropel, mitad harapos, brillo y basura, que ladra y que canta; aplaudiendo un espectáculo, una gloria compuesta de todas las vergüenzas; triste es pensar que no hay fiesta para la muchedumbre si la policía no saca á relucir esas especies de hidras de la alegría con veinte cabezas. Pero ¿qué remedio? Esos carros de fango, adornados de cintas y de flores, son insultados y amnistiados por la risa pública. La risa de todos es cómplice de la degradación universal.

Ciertas fiestas malsanas convierten al pueblo en populacho; y el populacho, como los tiranos, necesita bufones. El rey tiene á Roquelaure, y la multitud á Payaso. París es la ciudad loca siempre que deja de ser la ciudad sublime. En París, el Carnaval forma parte de la política. París, confesémoslo, consiente

que le diviertan, aunque los medios sean infames. No pide á sus señores (cuando los tiene) más que una cosa; que le den el fango con colorete.

Roma era lo mismo. Amaba á Nerón, ese histrión titánico.

La casualidad quiso, como dijimos antes, que uno de esos disformes grupos de mujeres y de hombres con máscara, arrastrado en una gran calesa, se detuviese á la izquierda del boulevard, mientras que la comitiva nupcial lo hizo á la derecha. De un lado del boulevard al otro, el carruaje de las máscaras alcanzó á ver al de la novia.

—¡Tate!—dijo un máscara;—es una boda.

—Una boda fingida,—observó otro.—En nuestro carruaje va la verdadera.

Y hallándose demasiado lejos para poder interpe- lar á los novios, temerosos, por otra parte, de llamar la atención de los municipales, los dos máscaras dirigieron la vista á otro lado.

Al cabo de un instante la multitud empezó á perseguir con rechiflas, según la antigua costumbre, á la comparsa; y los dos máscaras que acababan de hablar, en unión de sus compañeros, entablaron una lucha de garganta con el pueblo, agotando todos los proyectiles del repertorio de los Mercados: horrible tiroteo de metáforas entre la mojiganga y la chusma.

Entre tanto, otras dos máscaras del mismo carruaje, un español de descomunal nariz con enormes bigotes negros, y una rabanera flaca, aún en la flor de la edad, con antifaz, habían fijado la atención en la boda y durante aquella granizada de insultos hablaron en voz baja.

Su diálogo se perdía en medio del tumulto. La lluvia había mojado el carruaje; y añadido esto al viento de febrero, que nada tiene de apacible, era causa de que la joven, descotada como estaba, tiritase

y tosiere, mientras respondía al español. He aquí el diálogo:

—Dime.

—¿El qué, padre?

—¿Ves ese viejo?

—¿Qué viejo?

—Aquel que va en el primer carruaje de la boda, á este lado.

—¿El que lleva el brazo metido en el pañuelo negro?

—El mismo.

—¿Y qué?

—Estoy seguro de conocerle.

—¡Ca!

—Que me ahorquen si no le conozco. ¿Puedes ver á la novia inclinándote un poco?

—No.

—¿Y al novio?

—En ese carruaje no va ningún novio.

—Que sí.

—A menos que no sea el otro viejo.

—Procura ver á la novia inclinándote más.

—No puedo.

—Lo mismo da. Te digo que conozco al del brazo vendado.

—¿Y qué ganas con conocerle?

—No sabemos.

—Poco me agradan á mí los viejos.

—¡Le conozco!

—Conócele cuantas veces quieras.

—¿Cómo diablos asiste á la boda?

—También nosotros asistimos.

—¿De dónde viene esa boda?

—¿Acaso lo sé yo?

—Escucha.

—¿Qué?

—Deberías hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Bajar de nuestro carruaje y seguir esa boda.

—¿A qué bueno?

—Para saber á dónde se dirige y lo que es. Despáchate; corre, hija, tú que eres joven.

—No puedo dejar el carruaje.

—¿Y la razón?

—Que estoy alquilada.

—¡Ah! ¡diantre!

—Debo un día de verdulera á la prefectura.

—Es verdad.

—Si salgo del coche, el primer inspector que me vea me atraparé. Bien lo sabes.

—En efecto.

—Hoy me paga el gobierno.

—De todos modos, ese viejo me apesta.

—¿Sí? Pues tú no eres ningún niño.

—Está en el primer carruaje.

—¿Y qué?

—En el carruaje de la novia.

—¿Qué más?

—De consiguiente, es su padre.

—¿Y qué me importa á mí eso?

—Te repito que es su padre.

—Concedido.

—Escucha.

—Escucho.

—Yo no puedo salir sino con máscara. No se me conoce. Vivo oculto. Mañana no se permiten ya máscaras, como que es miércoles de Ceniza, y corro peligro de que me echen el guante. Fuerza es que me vuelva á mi agujero. Tú estás libre.

—No del todo.

—Más que yo á lo menos.

—Bien. ¿Qué es lo que quieres?

—Que averigües á dónde ha ido esa boda.

—¿A dónde va?

—Sí.

—Lo sé.

—¿A dónde va, pues?

—Al Cuadrante Azul.

—No es ese el camino.

—A la Rapée.

—O á otra parte.

—Como que es libre. ¿Acaso las bodas no son libres?

—Hay más todavía. Es preciso que me averigües qué boda es esa, y dónde viven los novios.

—No es mala gaita la de encontrar á los ocho días una boda que ha circulado por París el martes de Carnestolendas. Un alfiler en un granero lleno de paja. ¿Por ventura es posible?

—Séalo ó no, habrá que intentarlo. ¿Oyes, Azelma?

Las dos filas continuaron de nuevo á los dos lados del boulevard su movimiento en sentido inverso, y el carruaje de las máscaras perdió de vista al coche de la novia.

II

JUAN VALJEAN CONTINÚA ENFERMO

¿A quién es dado realizar su sueño? Para esto habrá elecciones en el cielo; nosotros, sin saberlo, somos los candidatos, y los ángeles votan.

Cosette y Mario habían sido elegidos.

Cosette en el corregimiento y en la iglesia estuvo radiante de hermosura y de amor. La había vestido la tía Santos, ayudada de Nicolasa.

Sobre una saya de tafetán blanco, llevaba puesto el vestido de guipur de Binche, realzando su belleza un velo de punto de Inglaterra, un collar de perlas finas y una corona de azahares, todo blanco. Era un candor exquisito dilatándose y transfigurándose en claridad. Hubiérase dicho una virgen próxima á convertirse en diosa.

Los hermosos cabellos de Mario estaban lustrosos y perfumados; entreveíanse acá y allá, bajo los bucles, líneas pálidas que eran las cicatrices de la barricada.

El abuelo con la cabeza erguida, magnífico, amalgamando más que nunca en su traje y en sus maneras toda la elegancia del tiempo de Barras, conducía á Cosette. Reemplazaba á Juan Valjean, el cual, por el